



“El hombre no está amenazado por las malas personas sino por aquellos que permiten la maldad”

Albert Einstein

¿Que será de nosotros los endiosados, de aquellos que nos considerábamos reyes de la creación y nuestro destino henchir la tierra y someterla? «Si Dios existiera, iría a su encuentro tranquilamente y le escupiría en la cara», decía Henry Miller. Yo no haría tal cosa, pero sí me avendría a preguntarle: «¿Cómo tuviste la santa ocurrencia de poner a semejante cretino sobre la faz de la tierra, un ser despreciable que desde que comenzó la historia no ha hecho más que convertir este planeta en una porqueriza en vez de una morada decente? ¿Dime para qué, cuando lo que ya tenías era casi perfecto?».

Dicho esto, he de advertir al lector que no achaque mis tribulaciones a la ofuscación, o, aún peor, a la falta de cordura. Quiero quebrantar el esquema claramente definido

del bien y del mal que los hombres sostienen para no perder la orientación en una sociedad propensa a la dualidad. Ahora intuyo el porqué, por qué aseguran que «el servicio de la verdad es el más duro de todos los servicios». Lo que voy a sugerir me aflige, pero no debo ni deseo sumarme al bando de los ilusos. Siento deseos de demostrar que la sensatez es posible, aunque sigo estando tristemente seguro de que es un fenómeno muy raro. Despojémonos de prejuicios, necesito proclamar lo que me roe el corazón desde hace años, por fin todo cobra sentido: a mi entender tanto la bondad como la maldad están arraigadas a nuestra existencia, pero no son en sí contradictorias sino distintas formas de satisfacer nuestro ego.

¿A qué obedece tal certeza si nos hallamos ante un asunto escabroso al que sesudos intelectuales han dedicado tantas páginas? De hecho no ha de ser fácil dictaminar al respecto, cuando una caterva de “ociosos” en su mayoría afectados por la idiocia desde hace tiempo nos cuestionamos si en el hombre se contienen ambas y en qué medida.

Sea como fuere, nos gusta creer que somos el culmen de la evolución porque hemos dejado de andar a cuatro patas. En realidad estamos regidos por la fatalidad biológica; pues no es solo el afán de supervivencia lo que nos impulsa a actuar de manera despiadada, a veces ingobernable y estúpida, sino mayormente la obtención de un beneficio material, por otro lado fútil, proveniente de la explotación desmedida de la naturaleza e incluso de otros seres humanos. Es evidente que nos tildamos de civilizados, cuando en esencia somos alimañas de la peor catadura que pretendiendo tener ascendencia divina ocultamos nuestro genuino talante bajo una máscara embaucadora (llamémoste cultura).

Sí, estoy de acuerdo con quienes nos tachan de especie fallida, de anomalía, de ser una mala copia de lo que

tendríamos que haber sido; pues mayormente cultivamos una inclinación secreta por todo lo que pisoteamos, y, de este modo, hemos propagado el virus de la agonía entre nuestros propios congéneres. Aunque el instinto subyazca enjaulado, maniatado por el adoctrinamiento religioso o la ética farisaica, siempre acaba por escapar a nuestro control, por pasarnos factura (estamos sometidos a él como a una necesidad indeclinable).

Nicolás Maquiavelo, en un alarde de clarividencia, aseveró: «El hombre es malo por naturaleza». No obstante, y esto se me antoja desternillante, el humanismo antropocéntrico vio en nosotros la medida de todas las cosas y nos ubicó en el centro del universo. Para colmo, la «Desilustración» no solo insistió en que éramos el centro de todo sino además seres libres, unos conquistadores, dueños de nuestro destino: «por haber expulsado las fuerzas de las sombras y del pasado». «El buen salvaje», de Rousseau, es tan solo una farsa orquestada desde los «coquetos» salones literarios de París. A mi entender no hay nada más fatal que el ser humano, y para demostrarlo nos bastaría con examinar el devenir de la humanidad y cada cual su propia existencia. Y qué decir de aquellos teóricamente capacitados para discernir, para comprender el alcance de sus propios actos, que aun con conciencia plena de que solo les beneficiará a ellos y perjudicará a otros, por indecorosos que sean, se regodean y tratan luego de lavar su conciencia acogiéndose a la indulgencia celestial. El meollo de la cuestión es nuestro «egoísmo», ese deseo irrefrenable que no tiene fin.

Lo advirtió Marvin Harris: «Somos la especie más peligrosa del mundo»; al respecto le precedió el comediógrafo Plauto: «Lobo es el hombre para el hombre». Lo cierto es que albergamos odio y rencor por generaciones; salvo los escépticos o moralistas, tal es su obtusidad, ¿quién negaría que alguna vez no ha fantaseado con resarcirse por la fuerza de un supuesto agravio? ¿Quién no ha deseado,

aunque sea inconscientemente, la desgracia e incluso la muerte de otro? Únicamente los ingenuos o los ignorantes no se atreven a admitirlo. En cualquier hombre no solo hallaremos un depredador que trata de subsistir (lo que lícitamente cabría esperar de cualquier espécimen animal), sino que además dormita un «verdugo», un «criminal irrealizado» que se manifiesta cuando menos se le espera, que «caza» y «mata» sin reparos para satisfacer sus propias ambiciones, como demostración de poder o simple deleite. Algunos lo llamarían maldad, otros locura.

Sí, es cierto que a veces tratamos de hacer el «bien», pero intuyo que mayormente lo hacemos a la fuerza, por temor a la justicia divina o terrenal; que incluso toda actitud filantrópica podría estar motivada en última instancia por un interés propio moral, es decir: «Ayudo porque 'me' hace sentir mejor». Pero, la razón principal, motivo que puede aplicarse a la Humanidad en general, es que ni siquiera nuestras virtudes, nada, ni tan siquiera nuestras acciones más altruistas carecen del «gen egoísta». Tal es nuestra condición.

J. J . Cale